

Un análisis crítico de la crisis financiera global ¿Marx tenía razón después de todo?^a

ELMAR ALTVATER*

RESUMEN: Constituyendo una de las más brillantes intervenciones sobre la actual crisis financiera global en el debate de frontera internacional de las ciencias económicas y sociales, este artículo, elaborado por uno de los economistas alemanes más destacados de nuestro tiempo, con base en los planteamientos de la sección 5ª del Libro Tercero de la *Crítica de la economía política*, explora el continuo y complejo tránsito de una crisis financiera a otra desde los ochenta del siglo pasado. Va desde la crisis de la deuda del Tercer Mundo hasta la crisis de los créditos subprime vinculada al sistema inmobiliario, el sistema bancario, los seguros, los *conduits* y los *credit default swaps*. Pero, además, de modo decisivo, da cuenta del profundo modo en que la crisis mundial actual es, desbordando su dimensión financiera, también una crisis energética, alimentaria y climática que cimbra la historia del siglo XXI.

PALABRAS CLAVE: crisis financiera, crisis climática, crisis alimentaria, crisis energética, deuda, innovaciones financieras, *conduits*, *credit default swaps*, Banquero General Ideal.

ABSTRACT: As one of the most brilliant interventions on the global financial crisis in the international border debate of the economic and social sciences, this article, made by one of the most prominent german economists of our time, based on the thesis of Fifth Section of Book III of the *Critique of political economy*, explores the ongoing and complex transition from one financial crisis to another since the eighties of last century. It runs from the debt crisis of the Third World to the subprime loan crisis linked to the system real estate, banking, insurance, *conduits* and *credit default swaps*. But in addition, in a decisive way, aware of how deep is the current global crisis, overflowing its financial dimension, also show how is an energy crisis, food crisis and climate crisis that shake the history in this century.

KEYWORDS: financial crisis, climate crisis, food crisis, energy crisis, debt, financial innovations, *conduits*, *credit default swaps*, Ideal General Banker.

I.- Naturaleza, Trabajo y Valor: una Crisis Cuádruple

La crisis en que nos encontramos desde 2009 era difícilmente anticipable en esta forma, quizás no podría haber sido anticipada. Esto explica la consternación y la convulsión general en sumas terribles, que hasta hace poco, en los parlamentos y las burocracias gubernamentales no sólo en Alemania sino también en otros países europeos, incluso en China, nadie habría pensado que podía pasar. Hasta ahora, siempre hemos tenido la experiencia de que se lleva meses que los parlamentos acuerden destinar el gasto de pocos euros más a servicios sociales o a los beneficiarios de las reformas Hartz IV en Alemania.

^a Conferencia dictada en *Urania*, Berlín, en febrero de 2009. Traducida por Víctor Corona y Luis Arizmendi.

* Investigador de la Universidad Libre de Berlín, Alemania. Sin duda, uno de los más prestigiados economistas políticos de Europa, con más de una docena de libros que analizan problemas y tendencias del sistema económico mundial, las crisis, el Estado y los desequilibrios ambientales globales. Su libro más reciente traducido al español es *Las Limitaciones de la Globalización*, Siglo XXI, México, 2002. Además, es coeditor del periódico *Prokla*. En el estreno del proyecto de *Mundo Siglo XXI*, tuvimos el honor de publicarle su excelente ensayo "Hacia una crítica ecológica de la economía política", núms. 1 y 2, CIECAS-IPN, México, 2005.

De repente, el criterio de Maastricht para las políticas presupuestarias –nuevas deudas sin exceder el 3% del PIB, que parecen ser tan inmutables como los Diez Mandamientos de la Biblia–, ya no es válido. Nos preocupa que el gobierno rescate de dificultades financieras a los bancos, es decir, justo a aquellos que son responsables de la crisis y de las pérdidas salariales, y que opine que no existe relación entre las reducciones de ingresos y de servicios sociales impuestos sobre la población trabajadora. Todas las expectativas de justicia parecen estar quebradas, independientemente del modo en que eso se justifique. Quizás es por esto que –paradójicamente– se deposita mucha fe en el ingenio de los políticos y su capacidad para superar las crisis con grandes cantidades de dinero. Si no llegan a tener éxito, las pérdidas serían terribles no sólo en términos monetarios: la capitulación frente a la crisis sería incondicional. Esto podría explicar por qué aquellos que, en el curso de los últimos años, siempre han criticado los mercados financieros y han advertido acerca de su susceptibilidad a las crisis, como los movimientos críticos contra la globalización, tales como ATTAC, no fueron lo suficientemente escuchados por el público.

El Fondo Monetario Internacional (FMI) estima que los préstamos ascienden a 23,200 md, de los cuales al menos el 10%, posiblemente más, tendrán que ser dados de baja como deuda incobrable ya que han perdido valor. El Banco de Inglaterra es aún más pesimista que el FMI: sugiere que las pérdidas, a finales de 2008, ascienden a 3000 md, desbordando los 1000 md que se habían calculado en abril de 2007.

No hay duda: las pérdidas monetarias debido a la crisis financiera son considerables. Sin embargo, en comparación con otros fenómenos de la crisis esto no será lo peor por venir. Nos enfrentamos a una crisis energética, que actualmente es de menor interés, ya que, debido a la caída de la demanda general existe una correspondiente caída en la demanda de energía y, por lo tanto, el precio del petróleo está bajando. Es probable que sea un fenómeno a corto plazo, antes de que el precio del petróleo se recupere de nuevo y la crisis de la energía cobre impulso. Las limitaciones de los recursos energéticos fósiles almacenados en la corteza de la tierra son un hecho inalterable, por lo que se vuelve necesario prepararse para el uso de recursos energéticos no-fósiles en el futuro próximo.

A ello hay que añadir la crisis ambiental que será más devastadora en sus efectos de lo que se ha supuesto hasta la fecha. Recientemente los científicos descubrieron que el aumento de dióxido de carbono en la atmósfera no es de 0,9% anual, como lo suponía el Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático de la ONU (IPCC), sino del 3.5%, es decir, casi cuatro veces mayor. En consecuencia,

tenemos que esperar un calentamiento de la atmósfera de la tierra más acelerado y aún más radical superior a lo que se preveía. Como resultado, el nivel del mar subirá más rápido y el escudo de hielo en los polos se derretirá más drásticamente de lo que se pensaba hasta ahora.

Esto, de hecho, podría resultar en una pérdida de riqueza muy superior a la causada por la crisis financiera. Muchas personas, en menor o mayor escala, están sufriendo las consecuencias de esta pérdida. Las pérdidas financieras se pueden revertir y no son letales. Pero si la naturaleza es transformada por el calentamiento global, si diversas especies de plantas y animales son erradicadas y los procesos evolutivos son alterados y atrofiados, se generan pérdidas irreversibles. No importa cuánto dinero estemos dispuestos a gastar, no hemos podido revertir ese proceso.

2009 fue el año de Darwin y, por lo tanto, estas cuestiones deben ser enfrentadas. Pueden ser abordadas desde el concepto de duplicación de todos los procesos económicos, desarrollado por un contemporáneo de Darwin: Karl Marx. Desde su perspectiva, todos los procesos económicos de la producción de valor constituyen, al mismo tiempo, transformaciones de materia y energía, mediante las cuales la naturaleza es a la vez consumida y vulnerada. La degradación de los recursos naturales ha desembocado en la crisis ecológica actual. El otro lado de estos procesos es su integración al mundo del valor, las mercancías, el dinero y el capital. En el pensamiento de los economistas neoclásicos, estos procesos crean un capital natural que tiene que ser comercializado para generar rendimientos a las inversiones, comparables a cualquier otra inversión financiera. Por cierto tiempo, esto puede asemejarse a trabajar, pero no en el largo plazo, dado que la naturaleza no acata las normas de la acumulación de capital. No es casualidad, entonces, que cuando las crisis financieras y las crisis ambientales se entrecruzan, amplificando una los efectos de la otra y viceversa, se interrumpa el progreso de la vida cotidiana a través de un impacto dramático creado por fuerzas convergentes o complementarias. Es a esta interrupción de la normalidad de la vida cotidiana a la que Georg Lukács denominaba crisis.

La crisis contiene un aspecto adicional al que se prestó poca atención en el mundo industrializado, pero que es importante en África, Asia y América Latina: la crisis alimentaria. La FAO, la Organización para la Agricultura y la Alimentación de las Naciones Unidas, estima que mil millones de seres humanos, es decir, una sexta parte de los individuos sobre la tierra, mueren de hambre. Se trata de una enorme cifra y el destino de cada individuo debería interesarnos a todos. No obstante, debemos conformarnos con los datos disponibles: para aliviar el hambre de miles de millones de habitantes de este mundo, la FAO requería

5.3 mmd de ayuda directa de las naciones ricas. Pero los países industrializados han dificultado la asignación de estas sumas para combatir las peores hambrunas y proveer el acceso a alimentos y agua potable. A la par, miles de millones de dólares se distribuyen a los bancos para librarlos a ellos mismos de activos “tóxicos”. Podría, entonces, llegarse a la siguiente conclusión: nos encontramos insertos en medio de una de las crisis financieras más graves de la historia del capitalismo; a la vez que estamos en medio de una crisis alimentaria, que será causa de muerte para muchos; además, estamos en medio de una amenazante crisis energética y ambiental; por último, nos encontramos en una crisis moral, en la que resulta escandaloso que haya poco dinero para la lucha contra el hambre mientras al mismo tiempo los grandes bancos están siendo rescatados. Las generaciones futuras seguramente condenarán las flagrantes injusticias de la generación ahora responsable, a pesar de que algunos muestren cierta responsabilidad social al hacer donaciones deducibles de impuestos a las ONG o a las Naciones Unidas para aliviar los peores efectos del hambre en el mundo y logren proyectarse como “empresas de responsabilidad social”. Pero la misericordia basada en la generosidad de los patrocinadores privados no cura la injusticia, sobre todo cuando es condicionada a la devolución de impuestos si se realiza la presentación de pruebas de donaciones, dado que el sector público carece de dinero para financiar servicios sociales.

II.- La cualidad especial del análisis de Marx sobre la crisis del capitalismo

Impresionados por la gran e inesperada crisis financiera, algunos políticos (entre ellos, incluso, los conservadores) reconocieron que la teoría de la crisis en la tradición marxista puede contener algo de verdad. El colapso por su propio peso del segmento de hipotecas de alto riesgo de los mercados de bienes raíces en EU, el Reino Unido, Irlanda o, en menor medida, España y la quiebra de Lehman Brothers el 15 de septiembre de 2008, realmente arrastró al sistema bancario de inversión estadounidense al maremágnum. Ciertamente, Marx –utilizando el lenguaje del siglo XIX– habló de grandes “tormentas eléctricas” en el mercado mundial, que cimbrarían regularmente la economía mundial capitalista. Estas “grandes tormenta eléctricas del mercado mundial, en las que el conflicto de todos los elementos del proceso de producción burgués están siendo descargados” (MEW 13:156), esto es la crisis en el proceso de acumulación de capital, ocurrirán con una regularidad periódica, que no afectará a un solo país, por ejemplo al Reino Unido como el país que constituía el centro del capitalismo decimonónico, sino que engullirá

el continente, Francia, Alemania y los Estados Unidos. Con todo y que en el siglo XIX, los Estados Unidos aún no desempeñaban el papel que actualmente juegan en la economía mundial.

Las tormentas del mercado mundial y las leyes de la acumulación capitalista fueron analizadas en detalle por Marx en los tres volúmenes de *El Capital*, así como en muchos otros escritos. Para comprender sus escritos hoy, es importante tener en cuenta que diferenció el lado real del proceso económico, es decir, el capital industrial y su ciclo, del lado monetario, esto es, del capital que devenga interés. Además, consideró posible que el sistema monetario y financiero pudiera hacerse parcial y temporalmente independiente del proceso de acumulación real. El origen de las tormentas eléctricas del mercado mundial puede encontrarse “dentro de la esfera más superficial y abstracta, la esfera de la circulación monetaria” (MEW 13: 156). Pero agregó que la independencia de los mercados financieros –que también podemos observar en la actual crisis financiera–, nunca puede ser absoluta, por tanto, siempre alcanzará en algún punto sus límites. En última instancia, las demandas monetarias de los sectores financieros siempre deberán ser alimentadas por el valor producido por el trabajo en la economía real como plusvalía.

Consecuentemente, la teoría marxista rechaza la doctrina neoliberal de la autonomía axiomática de la economía financiera *vis-à-vis* la economía real. Con ayuda de las innovaciones financieras –que existían en el siglo XIX, aún cuando el término no era familiar en ese momento–, el capital que devenga interés genera siempre nuevas demandas: se convierte en capital ficticio y, si la demanda de ganancias no puede ser alcanzada, este capital ficticio se derrumbará en su primera prueba ante la realidad. Esto es lo que el director bancario Saccard y muchos pequeños especuladores de valores en *El Dinero* (1891), la novela de Emile Zola, descubrieron: que el valor de las acciones puede llevarse hacia arriba muy lejos, pero al final el coeficiente precio-ganancia se vuelve tan poco realista que la cotización debe ser corregida haciéndola caer vertiginosamente, a menudo en la forma de un alud que cae hacia un pozo sin fondo. El valor de la empresa, el valor de mercado de los activos monetarios, algunas veces tiene que ser cancelado parcialmente, otras incluso por completo.

Existe otro aspecto de la teoría marxista que es significativo y único, que la distingue de los enfoques tanto liberales como keynesianos. Es la categoría del doble carácter del trabajo, desarrollada por Marx en el primer capítulo del Libro Primero y que se usa a lo largo de la argumentación global hasta el análisis del capital que devenga interés en el Libro Tercero de *El Capital*. El doble carácter del trabajo, es decir de la mercancía y su producción, constituye el

descubrimiento más importante en su obra. Con una cierta dosis de autoelogio, Marx señala que él ve éste como el mirador de la economía política, y que él ha descubierto este mirador, lo que indudablemente es cierto. Este mirador permite reconocer que todo proceso económico tiene una dimensión material y sobre ella, simultáneamente, una dimensión monetaria y financiera. Teniendo esto en cuenta podemos entender la relación entre los diversos lados de la crisis actual: el cambio climático, la crisis energética y la crisis alimentaria están relacionadas con la base material de la acumulación capitalista. El lado material de la producción, de la circulación, del transporte, de la reproducción de la fuerza de trabajo, demanda aprovisionamiento de energía y recursos desde la naturaleza al sistema económico, de lo contrario, los procesos económicos, así como la producción y el transporte, rápidamente se paralizarían. Después de la revolución industrial, a fines del siglo XVIII, fue la energía fósil en particular la que se introdujo en el proceso de producción y su funcionamiento.

La producción únicamente puede tener lugar cuando los bienes pueden ser intercambiados por dinero, cuando un valor excedente es contenido en el valor de las mercancías producidas y cuando el valor se puede realizar en forma de dinero en el curso del proceso circulatorio. Los valores son creados, pero sólo cuando los rendimientos del capital adelantado son suficientemente altos, cuando se garantiza la tasa de ganancia y cuando las expectativas de las empresas capitalistas no están frustradas, se generan flujos de ingresos. Cuando estos se transforman en riqueza monetaria, las demandas (financieras) crean una nueva categoría de agentes económicos: los dueños de la riqueza monetaria. Ellos aseguran sus recursos financieros en instituciones especializadas, como los bancos de inversión y cajas de ahorro. Ahí a los activos del dinero se les pone a “trabajar” o, al menos, se crea la ilusión de que el dinero está “trabajando”, puesto que puede generar excedente de intereses y rendimientos. Uno no puede ver ni entender que este excedente únicamente resulta de la gente que trabaja en el mundo real creando esos valores y flujos de ingresos, que a su vez son parcialmente utilizados para cumplir las demandas dinerarias de los propietarios del capital.

La idea del dinero “trabajando” y generando “hijos” ya fue criticada por Aristóteles en el siglo IV a.C. La crítica influyó en la prohibición canónica de intereses en el mundo católico, que sólo fue abandonada hasta el siglo XVI. También tuvo un impacto en el Islam y la persistente prohibición del interés en el mundo islámico hasta la actualidad. Pero la crítica a los intereses y el capital que devenga interés fue olvidada en el curso de la historia de la filosofía y, más tarde, en la teoría económica. Fue únicamente Marx quien atrajo la atención sistemática a este

hecho, mostrando que el interés como “fruto del capital” tiene que ver con el carácter de fetiche del dinero. Que este fetichismo no ha desaparecido hasta el día de hoy es algo que podemos descubrir en la televisión, cuando la cotización diaria del mercado de valores se enumera al inicio en las noticias, como si el ingreso se generara en el mercado de valores. Sin embargo, este no es el caso: el mercado de valores utiliza complejos mecanismos para la redistribución de la riqueza generada por los trabajadores en el proceso de producción. Pero esto no interesa ya que el fetiche del dinero es abrumador.

Además de en mercancías, el dinero puede convertirse en una idea, un fetiche, un artificio humano (fetiche se deriva del portugués *feiticio*, que significa “hechizo”), obtener poder sobre su creador, y peor aún: en el dinero toda la sociedad capitalista está contenida y expuesta como una falsa apariencia –la forma de capital deriva de la forma dinero–. Estas relaciones fueron analizadas por Marx en *El Capital*, en 1867, pero incluso en escritos anteriores como en los *Grundrisse: Elementos Fundamentales para la Crítica de la Economía Política* y en la *Introducción a la Crítica de la Economía Política* de la década de los cincuenta del siglo XIX. Tenemos que reconocer actualmente que ésta no es una contribución insignificante para la comprensión del dinero en la sociedad capitalista.

Las contradicciones del modo capitalista de producción que mantienen el sistema en movimiento; pero en el curso del proceso de acumulación se vuelven más agudas y, eventualmente, alcanzan puntos de crisis que pueden interrumpir el desarrollo del sistema. ¿Cómo se producen estas crisis? La posibilidad de la crisis ya está contenida en la forma mercancía y en la forma dinero. Mientras los bienes se venden, el vendedor no está obligado a gastar de inmediato el dinero que ha ganado. En ese momento, el mercado es privado del dinero que se acumula y que no se transforma inmediatamente en demanda efectiva. El vendedor de una mercancía eventualmente viaja a otros lugares y gasta ahí sus ingresos. Lo que beneficiará a los comerciantes de los lugares donde viaja. Pero los vendedores del lugar original, para quienes las mercancías originales fueron vendidas a cambio de dinero, no pueden encontrar la demanda monetaria que necesitan para vender sus mercancías. La circulación de bienes y dinero ha sido interrumpida, ya que la compra y la venta, la venta y la compra, pueden desintegrarse en términos de tiempo y espacio.

La disociación entre compra y venta, en términos de tiempo y espacio se vuelve aún más significativa si recordamos el hecho de que el dinero puede circular autónomamente y que las promesas de pago (deudas) pueden circular tendiendo un puente entre el hoy y el mañana. Un deudor

promete al prestamista de quien a pedido dinero prestado, pagarle en un punto específico en el tiempo; sin embargo, debido a circunstancias imprevisibles, el deudor no puede pagar sus deudas. No obstante, el acreedor, confiando en que el dinero se lo devolverían a tiempo, ya ha realizado nuevas compras sobre la base de esta expectativa, que ahora tendrá que cancelar. Así, una reacción en cadena puede ser activada en términos de espacio y tiempo. Los pagos y reembolsos ya no funcionan como estaban incluidos en los contratos y en los planes de los agentes respectivos. La posibilidad de crisis se convierte en una amarga realidad.

Muchos autores han explicado la crisis del capitalismo con base en una gran cantidad de agentes económicos que trazan sus planes independientemente uno del otro, estando a la vez conectados entre sí a través de cadenas mercantiles y de pago, de manera que, se afecta todo el sistema, cuando en algún lugar algo empieza a disminuir su velocidad y paralizarse. En la década de los veinte, muchos analistas describieron la crisis del capitalismo como resultado de un sistema anárquico. La anarquía del mercado en el sistema capitalista podría superarse si el mercado anárquico fuera reemplazado por una economía planificada. Este fue uno de los argumentos para la organización del capitalismo (el “capitalismo organizado” de Hilferding) o para una planificación económica del capitalismo, planteados tanto dentro de la socialdemocracia como entre partidos comunistas pertenecientes a la Tercera Internacional Comunista.

La realidad de la crisis es más difícil de explicar que su mera posibilidad. En efecto, es necesario mostrar sistemáticamente cuáles causas son responsables de la separación entre compradores y vendedores, de la desintegración entre compras y ventas. Sin duda, la contradicción más importante para el funcionamiento del proceso de acumulación es la que existe entre el poder del consumo y el poder de la producción, entre el valor creado por los trabajadores y lo que pueden comprar con la cuota de retorno del valor como salario. Dentro del capitalismo el poder de la producción se somete a un proceso de expansión casi ilimitado, ya que cada capitalista individual conserva la esperanza de abarcar más mercado y acrecentar sus ganancias si produce más. El poder de la producción es así ampliado, y no sólo eso: los capitalistas buscan además obtener una ventaja competitiva sobre sus competidores en los diferentes mercados. Esto sólo puede lograrse si los costes son reducidos. En este sentido, existe un incentivo eficaz para incrementar los niveles de productividad. Uno de los mensajes más convincentes para impulsar el desarrollo capitalista, anteriormente formulado por Adam Smith, el padre fundador de la economía política, es éste: el aumento de la productividad conduce al aumento de la “riqueza de las naciones.” Marx acepta el mensaje como positivo. Basta

leer el *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels de 1848, que contiene una entusiasta ilustración de las ventajas del capitalismo sobre otras formas de la sociedad debido a los progresos realizados por el aumento de la productividad del trabajo y la riqueza resultante de las naciones.

Al mismo tiempo, el aumento de la productividad significa que las condiciones tecnológicas están cambiando y que el trabajo humano es reemplazado sucesivamente por máquinas, de modo que, en determinadas circunstancias los trabajadores no son sólo despedidos, sino además convertidos en superfluos. En este sentido, David Ricardo habla del hecho de que en el curso del desarrollo capitalista una “población redundante” es creada. La población superflua, sobre todo si a estas personas se les puede encontrar en todas partes, tiene poca capacidad de negociación. Los sindicatos son debilitados y la situación es explotada por los empresarios que buscan establecer salarios más bajos. El poder del mercado alcanza una victoria aplastante sobre las visiones de la justicia. Así, pueden ocurrir dos cosas: por un lado, se incrementa la productividad, por otro, el poder de consumo no aumenta o si lo hace no lo logra en el mismo grado. Una brecha se abre entre el poder de la producción y el poder de consumo, que puede resultar en una crisis de ventas. Esto puede interpretarse como sobreproducción o subconsumo. En el pasado, esta controversia provocó combates teóricos que dieron lugar a diferentes escuelas o corrientes sobre la crisis. Marx repetidamente hace énfasis en *El Capital* y en otros escritos en que la contradicción entre el poder productivo y el poder consuntivo constituye una de las causas más importantes de las crisis recurrentes en el capitalismo. Esta contradicción tiene su origen en el dinamismo de la acumulación capitalista. Las teorías de las crisis sólo tienen sentido si están relacionadas con el dinamismo de la acumulación de capital. El desarrollo de la tasa de ganancia, por tanto, debe tenerse en cuenta.

III.- Las Crisis y el Crédito

En la época de Marx no se había desarrollado el sistema crediticio como lo conocemos en la actualidad, sobre todo en su forma globalizada. Marx realizó un detallado análisis, asombrosamente moderno, del sistema crediticio de su tiempo. Constituye la Sección 5a del Libro Tercero de *El Capital* (MEW, Marx-Engels-Werke, vol. 25). Originalmente, Marx había escrito sólo un capítulo sobre este tema. El quinto capítulo de MEGA, la edición de las *Obras Completas* de Marx-Engels. Pero, Friedrich Engels dividió este capítulo, que abarca cientos de páginas, en muchos capítulos individuales y lo denominó la Sección 5a.

Ahí Marx muestra cómo el interés se convierte en una fuente autónoma de ingresos, aunque al final sigue siendo

una parte esencial de la plusvalía. El capitalista común piensa que el interés y el rendimiento de sus inversiones derivan del capital que fue, de algún modo, invertido en alguna parte. Marx califica a ésta como una concepción fetichista, una ilusión. Los banqueros inversionistas de hoy día son la personificación de esa ilusión, que en la crisis contemporánea resulta ser una interpretación equivocada de los ingresos del capital. Las rentas, los intereses y otras formas del capital derivan de la plusvalía producida por el trabajo en la economía “real” y no del capital invertido en el mundo de las finanzas globales. La plusvalía se redistribuye a través de procesos complejos, como se describe en los distintos capítulos de la Sección 5a, para permitir al capital que devenga interés acceder a rendir intereses. Una suma de capital depositado en una cuenta de ahorro acumula una cierta cantidad de intereses al final del año, y al año siguiente este interés gana interés sobre sí mismo, convirtiéndose así en interés compuesto. El propietario de la riqueza monetaria no tiene ni idea de donde deriva la tasa de interés ni de que ésta es producida por el trabajo humano. Así se crea la ilusión de que el dinero genera dinero. Pero incluso los críticos del interés compuesto, a menudo refiriéndose a los argumentos de Silvio Gesell, permanecen atrapados en el carácter del fetiche del dinero. Ignoran el trabajo y el proceso de producción, por tanto, el carácter capitalista del sistema de crédito, por eso creen que se puede acabar con el interés y el interés compuesto sin tocar la creación de plusvalía, de la cual justo deriva el interés.

En la Sección 5a, Marx demuestra además que los intereses, es decir, los ingresos derivados del capital que devenga interés, y la creación de ganancias en la economía real, se caracterizan por un cíclico muy específico y un curso opuesto, que en repetidas ocasiones alcanza su pico en la crisis. Si los intereses del capital financiero y las ganancias del capital real derivan de la misma fuente, es decir la plusvalía creada por los trabajadores, el interés y los rendimientos del capital financiero sólo pueden crecer, cuando las ganancias están deprimidas y viceversa –a menos que la fuente de ambos ingresos, el plusvalor, se amplíe por integración de nueva fuerza de trabajo en el sistema productivo, incremento de la intensidad del trabajo, incremento de la productividad o por presión sobre los salarios–. Estos medios de ampliación, sin embargo, tienen sus límites en la dimensión material y energética de los procesos productivos, así como en las relaciones de valor y también en las relaciones sociales de poder entre el capital y el trabajo asalariado. Aquí de nuevo debemos tener en cuenta también la doble naturaleza. En la actualidad, las restricciones de recursos y energía se reflejan en la accesibilidad a la energía o en la capacidad de carga de

la atmósfera por las emisiones de gases de efecto invernadero. Estos límites materiales generan competencia entre las ganancias de la economía real y el interés del capital financiero. Las fuerzas productivas del trabajo tendrían que incrementar considerablemente los incrementos del excedente en la economía real. Pero esto no es sencillo. Ya que, la productividad del trabajo no es sólo cuestión de tecnología y organización, no responde simplemente al poder de disposición de la dirección gerencial, sino a un componente social. Si el aumento de la productividad está vinculado a un aumento en la intensidad del trabajo, provocará entonces la oposición de la fuerza de trabajo. En el pasado, esto ha llevado al fracaso de anteriores intentos de incrementar la productividad y la intensidad del trabajo. Este hecho ha sido ampliamente aceptado por las ciencias sociales y ha llevado a la evaluación de que el modelo dominante en la actualidad de aumento de la productividad, asociado a la producción en línea y al nombre de Ford, está llegando a su fin y que un ‘posfordismo’ está siendo generado, para superar los límites del aumento de la productividad con base en un nuevo paradigma tecnológico. Los límites a la sobreproducción en la industria son indudables en la economía real, sobre todo si tenemos en cuenta las condiciones ecológicas de la producción. Esto puede ser descrito con mayor detalle del que se puede aquí, pero el resultado será siempre el mismo: un aumento infinito en el excedente real para alimentar las demandas financieras no es viable.

Por otro lado, existen tendencias en la economía mundial capitalista a llevar las demandas de los mercados financieros mundiales aún más lejos. El sueño del 25% de rentabilidad prometido por el Sr. Ackermann (Director Ejecutivo del Deutsche Bank) proporciona un ejemplo del juego del mercado de valores de la ‘bancocracia’, mencionado por Marx. Incluso en tiempos de Marx, el afán de lucro constituía la fuerza conductora del ‘carácter enmascarado’ en el parquet de los mercados bursátiles, descrito de manera tan impresionante por Emilio Zola en su novela *El Dinero*. Marx escribe al final del Libro Primero de *El Capital* que el capital detesta la ausencia de ganancias o las ganancias muy bajas del mismo modo que la naturaleza detesta el vacío. Con ganancias suficientes se vuelve audaz. Por lo menos, con el 10% y éste se puede aplicar en todas partes. El 20% lo vuelve enardecedor y el 50% positivamente aventurero, con el 100% pisotea las leyes de la humanidad y con 300% no existe crimen que no corriera riesgo en cometer, aun cuando tuviera que enfrentar la horca (MEW 23:788).

Sin embargo, existen nuevas características que convierten la personificación del ‘carácter enmascarado’ en un absurdo. Desde la liberalización de los mercados

financieros globales en la década de los setenta y el colapso del sistema monetario fijo de Bretton Woods, los tipos de cambio, un valor central en la economía global, no han sido ya determinados por los bancos centrales y los gobiernos o las organizaciones internacionales, como el Fondo Monetario Internacional. Ya no están vinculados al patrón oro, como en tiempos de Marx, sino que están determinados por los agentes privados en los mercados. Esto, como lo sugiere Egon Matzner, puede ser interpretado como un proceso de privatización de bienes públicos. Esta tendencia fue impulsada por la liberalización de otro precio crucial regulador de la economía mundial: la tasa de interés. Ya no son los bancos centrales los que determinan el interés preferencial y la tasa de descuento —que los agentes en los mercados financieros deben tomar como guías—, ahora la tasa de interés se determina espontáneamente a través de los intercambios privados de los grandes bancos globales, las compañías de seguros y otras instituciones financieras que participan en el mercado global. La “soberanía en la determinación de la tasa de interés” se ha perdido en beneficio de los agentes privados que operan en los mercados financieros globales. Para hacerlos funcionar sin obstáculos los mercados internacionales de capital están liberalizados. Esta liberalización tomó mucho tiempo hasta casi perfeccionarse en la década de los noventa. Los economistas liberales ven en ella un aumento de la eficiencia en el sistema financiero. Una vez más, la eficiencia del sistema financiero es vista como una precondition y como la base para el funcionamiento eficiente de la economía como un todo, que finalmente permite el aumento de la riqueza de las naciones. Quien se opone a la liberalización de los mercados financieros se opone al aumento de la riqueza de la población y, por tanto, es un reaccionario. Esta, al menos, era la opinión generalmente aceptada antes de la aparición de la crisis financiera.

La liberalización de los mercados financieros puede ser la característica más significativa de la globalización. Hay que tener en cuenta que la competencia en los mercados financieros difiere de la competencia en los mercados comunes de productos. En éstos la competencia hace que los precios bajen y que la calidad de los bienes mejore. Esto es bueno para todos, es el juego de ‘ganar-ganar’ (*win-win game*). En los mercados financieros, en cambio, posiciones e instituciones financieras están compitiendo con una moneda estable, con rendimientos tan altos como sea posible y con los impuestos y las restricciones más bajas posibles para los inversionistas. En el despertar de la liberalización financiera y de los mercados de divisas, la presión no se creó para reducir los precios, como es el caso de los mercados de bienes, sino para presionar la tasa de interés y el tipo de cambio hacia arriba. Esta es

la razón por la cual la devaluación de las monedas es tan temida y también por la cual se aplica una estrategia de subvaluación de las monedas para crear una expectativa permanente de revaluación.

Las estadísticas en prácticamente todos los países y para la mayoría de los años muestran que, desde inicios de los ochenta, las tasas de interés efectivas han sido superiores a las tasas de crecimiento real del PNB. Las tasas de interés han sido más altas que las tasas de ganancia alcanzadas por la economía real. Este es un incentivo fantástico para todos los dueños de riqueza monetaria que no invierten en la economía real creando empleos, sino permitiendo al capital ‘trabajar’ en los mercados financieros globales liberalizados. De hecho, esa es una ilusión. No obstante, desde los ochenta y la liberalización de los mercados financieros, esto parecía funcionar bastante bien.

Pero sólo parecía, ya que, siempre constituyó un proceso en crisis. La primera crisis mayor se produjo en la década de los ochenta, poco después de la liberalización de los mercados financieros. Esta fue la crisis de la deuda del Tercer Mundo que afectó a todos los países de ese “mundo”. Primero, los países del Tercer Mundo habían solicitado préstamos a los bancos privados en la década de los setenta. Estos préstamos fueron baratos. Se invirtieron en fábricas nuevas, infraestructuras, etc, o fueron usados en bienes de consumo, importaciones de tecnología o compra de armas. Muchos países del Tercer Mundo tenían dictaduras militares, particularmente en América Latina. Tomaron préstamos de bancos con un alto nivel de liquidez cuando las ganancias petroleras aumentaron después del shock en los precios del petróleo de 1973, cuando los países productores de petróleo fueron capaces de reciclar su capital a los países del Tercer Mundo a través de los bancos de Londres y Nueva York. Esto fue especialmente oportuno para EU, puesto que le permitió al sistema bancario estadounidense convertirse en el centro de las finanzas mundiales y mejorar su posición en ellas. Así, el dólar pudo mantenerse como divisa petrolera, a pesar de que había perdido valor considerablemente desde la década de los setenta (en particular debido al desastre de EU en Vietnam). Esto favoreció la hegemonía global de EU y su relación especial con los países productores de petróleo. Para el Tercer Mundo, este acuerdo fue menos provechoso: la década de los ochenta es considerada la “década perdida” porque todos los países tercermundistas fueron afectados por la crisis de la deuda.

Quienes tenían sus deudas en dólares y sobre los cuales la Reserva Federal estadounidense podía ejercer alguna influencia —y esto es precisamente lo que Volcker, Presidente de la Reserva Federal, hizo en 1979—, recibieron lo que en el Tercer Mundo se conoce como el “shock Volcker”:

un aumento en las tasas de interés, del que resultó que la mayoría de los países tercermundistas no eran capaces de pagar sus deudas externas. Esto significa que los excedentes reales de las economías del Tercer Mundo no fueron suficientes para saldar el pago de sus deudas, las tasas de interés y las amortizaciones contraídas con las instituciones financieras del Primer Mundo. La crisis de la deuda estalló.

Cada crisis contiene un elemento de oportunidad –un principio que también aplica para la crisis de la deuda de los ochenta–. Este fue usado para imponer un nuevo modelo político en todas las naciones del Tercer Mundo y en las Segundo Mundo (las economías de los países del socialismo realmente existente) que aún existían en la década de los ochenta, de acuerdo con el cual tuvieron que abrir sus economías proteccionistas a los mercados globales. Esto obligó a los países del Tercer Mundo a adaptarse a las condiciones del mercado mundial. En los países llamados socialistas esto llevó al colapso de la economía planificada y a la desaparición de una alternativa socialista real. Cuando la Cortina de Hierro cayó en 1989, selló un desarrollo que había comenzado años antes. Primero comenzó, en diciembre de 1981, durante los disturbios en Polonia, iniciados por Solidaridad (*Solidarność*), que contribuyó también a que el servicio de la deuda de los inversionistas extranjeros no pudiera ser cubierto ya así como al golpe de Estado del General Jaruzelski, que resultó en la implantación por años de una dictadura militar en Polonia. Este constituyó el primer signo del declive irrevocable del socialismo realmente existente.

Durante la crisis de la deuda de la década de los ochenta, los bancos habían entregado préstamos a Estados o acreedores individuales, ahora estas deudas tenían que ser convertidas y reestructuradas para escapar de la crisis. Esto fue sumamente complicado, pero finalmente lo lograron. Durante las crisis financieras de la década de los noventa, en Asia y América Latina se adoptó un procedimiento diferente, en comparación con el de la década anterior. El Director General del FMI, Camdessus, denominó contundentemente la crisis financiera de México de diciembre de 1994 como la “primer crisis financiera del siglo XXI”. Para otros, cuyos préstamos al Tercer Mundo fueron securitizados en la década anterior, se podría así intercambiarlos en los mercados financieros mundiales: consecuentemente a los créditos bancarios o fondos fue más fácil encontrarles liberación de préstamos de los cuales no se esperaba devolución. Como los mercados financieros se volvieron más flexibles que en la década anterior, experimentaron efervescencia. Pero, algunas crisis de carácter más superficial, no se pudieron evitar en los EU, como la crisis de ahorros y préstamos o de la “burbuja puntocom” (*dotcom bubble*) de la Nueva Economía hacia fines de los noventa.

El 11 de septiembre también jugó un papel importante en la medida que el ataque contra el World Trade Center provocó que la Reserva Federal estadounidense reaccionara con una reducción radical de las tasas de interés. Esto fue diseñado para contener las consecuencias del desastre. Le dio bases al dinero que se había invertido en la Nueva Economía hasta entonces y que no había sido fulminado por la explosión de la burbuja en 2000/2001. También proporcionó la base para utilizar ese dinero en el otorgamiento de préstamos a compradores y constructores de casas en EU. Esto ocurrió teniendo como marco la aplicación de una masiva política individualista por la administración Bush que promulgaba que todos los ciudadanos estadounidenses tenían derecho a su propia casa. Desde un punto de vista ecológico y social esta es una visión bastante aterradora, pero esa fue la política. Resultó en un extendido boom inmobiliario, cuyo colapso está causando muchos problemas. Sin embargo, no debemos olvidar que esta crisis inmobiliaria en los créditos subprime o de alto riesgo no habría tenido un efecto desastroso si no hubiera sido apuntalada por los bonos tóxicos de las ofertas de tarjetas de crédito, las deudas nacionales y la especulación en los bonos de seguros.

En los mercados financieros globales, donde se podía hacer mucho dinero, un amplio abanico de innovaciones financieras fue desarrollado y aplicado. En parte tienen modelos históricos y no son tan nuevas como se podría suponer. Pero el uso global y ampliamente generalizado de los nuevos instrumentos financieros ha contribuido al desarrollo de las denominadas “armas de destrucción masiva” en términos financieros. Estas se aplican, por ejemplo, a la securitización de préstamos. Préstamos de propiedad individual, cinco, diez, cincuenta, quinientos, cinco mil o más préstamos fueron aglomerados como certificados de diferentes riesgo para transferirlos a un comprador, en una forma hecha por encargo para volverlos concordantes con los requerimientos del comprador. Los compradores eran sobre todo bancos que erosionan los mercados estructurados con derivados y certificados de deuda estructurados. Los compraban porque prometían un alto rendimiento. Algunos tenían tasas de interés relativamente bajas debido a que el riesgo era igualmente bajo. Otros prometían intereses elevados, pero también contenían un riesgo sumamente alto. Al final, nadie realmente sabía con certeza cuáles préstamos estaban atados a cuáles bonos. Esta negligencia concerniente a la opacidad del sistema fue contrarrestada esparciendo los riesgos, haciendo las cosas más fáciles para todos: cuando se extienden los riesgos, todos obtienen uno menor. Pero esto no constituía una difusión del riesgo, sino más bien un velo de los riesgos existentes volviéndolos incalculables. La securitización constituyó un método

de desarrollo de certificados de deuda estructurados y artificialmente sucedió la creación de bienes valorables. Algo que estaba cargado de valor tenía la posibilidad de no tenerlo. Nadie estaba realmente seguro.

Los certificados de deuda estructurados fueron los más abundantes y la mayoría de los bancos así como otros agentes de los mercados financieros los usaron como lo que se denomina apalancamiento. Apalancamiento significa que los recursos monetarios de una entidad financiera o de un fondo se complementan con préstamos baratos de capital extranjero, cuando los tipos de interés fueron bajos lo pudieron hacer con el fin de ampliar considerablemente el ámbito de su actividad. La función del capital adicional como palanca permite a las instituciones financieras aprovecharse económicamente llenando sus propios bolsillos con más ganancias, por decirlo en sentido figurado. Este apalancamiento es enorme. Desde un punto de vista microeconómico, es considerablemente racional. Sin embargo, esta racionalidad se aplica a las instituciones individuales, no al sistema como una totalidad. Para el sistema como un todo este apalancamiento significa que el capital social principalmente en garantía, es decir, la garantía para todos los préstamos realizados dentro del sistema, es inferior a los propios préstamos, lo que lleva a una cobertura insuficiente de los riesgos de crédito, si estos ocurren. Precisamente, esto sucedió. Según los cálculos de Nouriel Roubini, en 2009, el sistema bancario de EU tuvo bajo su posesión alrededor de 1,400 md de capital social, pero una necesidad de amortización de 1,800 md debido al apalancamiento (*Sueddeutsche Zeitung*, 29 de enero de 2009; *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 28 de enero de 2009; Entrevista con Nouriel Roubini, en *Focus Money*, 4 de febrero de 2009). En Alemania, 1,000 millones de euros de deuda incobrable exceden su capital social de menos de 400 millones de euros. No únicamente los bancos individuales, sino también los sistemas bancarios en EU y Alemania en su conjunto están en bancarrota. Esto pone al descubierto el carácter sistémico de la crisis financiera actual.

¿Cuáles son las demás innovaciones? Estas incluyen la formación de *conduits*, vehículos con el propósito especial de liberación de las existencias de los riesgos de comerciar con certificados de deuda estructurados. Así, no se afecta el balance de las cuentas y, por tanto, el capital social no está obligado a cubrirlos. En consecuencia, el capital social de garantía que, según los Acuerdos de Basilea (Basilea I y Basilea II), se supone debe ofrecer garantías sobre los préstamos, queda liberado para realizar nuevas inversiones. Si es posible transferir los *conduits* a los centros fuera del país (en el Caribe, en Irlanda o en otros países europeos), entonces, los inversionistas se las ingenian para evadir

las oficinas de control de ingresos o, al menos, ocultar sus transacciones. Poco o nada se paga de impuestos, y los cargos sociales y ecológicos brillan por su ausencia. Esto permite a los inversionistas obtener el doble o el triple de ganancias. Todo esto es aprobado por las agencias de calificación crediticia. Estas han emitido, como sabemos actualmente, una calificación triple AAA a certificados de deuda estructurados que, en realidad, eran activos tóxicos. Incluso la Primer Ministro Merkel ha señalado que las agencias calificadoras debían ser nacionalizadas, o que debería crearse una agencia pública de calificación europea, en tanto las agencias de calificación han resultado ser inconfiables.

Asimismo, la emisión de los llamados canjes de crédito impagados (*Credit Default Swaps*, CDS) pertenece al conjunto de las innovaciones financieras generadas con la liberalización de los mercados financieros en las últimas décadas. Los CDS son contratos de aseguramiento sobre los préstamos y los paquetes de certificados de deuda estructurados. No se puede prácticamente hacerles frente a éstos en tanto el riesgo no sea asumido por las compañías de seguros. Una compañía de seguros que vende muchos de los CDS es AIG (American International Group), posiblemente la compañía de seguros más grande del mundo, que se encontró en bancarrota en 2008 y tuvo que ser rescatada por el gobierno de EU a un costo de miles de millones de dólares. En consecuencia, debe hacerse seriamente la pregunta sobre si las compañías aseguradoras son realmente capaces de cubrir todos los riesgos, cuando en realidad ellas mismas se han vuelto inseguras. Una cifra que generalizadamente se ha propuesto, pero que no ha sido verificada aún, es que la amortización de los acuerdos crediticios asciende a 62,000 millones de dólares es decir, supera el PIB mundial. En cuanto la crisis financiera engulle la economía real, cuando incluso las grandes corporaciones enfrentan dificultades financieras, muchos de estos *Credit Default Swaps* se adeudan y surge la pregunta de si las compañías de seguros son realmente capaces de satisfacer las demandas o si tienen que tirar la toalla y declararse en ellas mismas en bancarrota. La mayor compañía de seguros mundial, AIG, fue parcialmente nacionalizada en septiembre de 2008, ya que fue incapaz de proporcionar cobertura para los préstamos incobrables incluso menores.

Estas innovaciones financieras son obviamente parte de un sistema que nadie imaginaba con intenciones diabólicas, pero que contiene todos los ingredientes necesarios para efectivamente estrangular la economía real. Esto significa que no sólo las pérdidas financieras tendrán que ser absorbidas, sino que se pierden empleos y que la presión sobre la masa de ingresos y los salarios se incrementará.

IV.- El Estado como ‘Banquero General Ideal’

No es de extrañar entonces que la alabanza del mercado liberal, pregonada por el liberalismo y el neoliberalismo, de repente suene un poco fuera de tono y cada vez menos personas estén dispuestas a pregonarla. Por necesidad, el Estado entra en escena y tiene que intentar rescatar lo que las ciencias sociales llaman el “capitalismo financieramente dirigido” fuera del valle de las crisis o, al menos, busca prevenir un mayor deslizamiento hacia ellas. Como producto de una prestidigitación neoliberal, el capitalismo financieramente dirigido se convierte en un capitalismo estatalmente dirigido y nacionalizado. El Estado, descrito por Friedrich Engels como el “capitalista ideal universal” –en tanto adopta todas las funciones esenciales del sistema que no se cumplen por la empresa privada por no generar beneficios–, se convierte en el “banquero general ideal”. ¿Por qué es esto así?

La globalización, por supuesto, ha creado mercados libres. En la Unión Europea la mayoría la mayoría de los mercados son libres, pero no tenemos uno mundial o internacional, ni siquiera una Nación Europea. En el plano europeo, la Comisión Europea tiene acceso a menos del 0.9% del producto social de los Estados miembros como fuente procedente de ingresos fiscales. Y ahora se supone que ésta débil “nación” europea debe contrarrestar o compensar las pérdidas y las necesidades de depreciación superiores a miles de millones de dólares de inversiones fuertes y costosas. Esto no funcionará y, por tanto, el recurso tendrá que ser sustraído al Estado-nación, que algunos neoliberales cínicos les agrada para bajarle al inodoro (para decirlo con las palabras precisas elegidas por un ideólogo estadounidense del neoliberalismo). El Estado está para curar la enfermedad causada por el efecto de los activos tóxicos. “Papeles tóxicos” suena relativamente inofensivo. Quien vende alimentos tóxicos enfrentará la prisión, pero si alguien vende activos tóxicos y obtiene grandes beneficios, recibe elogios y un bono. Algunos no tienen escrúpulos para emprender acciones legales y obtener sus bonos, sin embargo, es el contribuyente quien tiene que pagar los fondos estatales que alimentan al sistema bancario para compensar el desastre provocado por estos corredores de bolsa sobregirados.

El Estado está obligado a exigir pagos porque el Estado-nación tiene el poder de recaudar impuestos y puede girar recursos financieros para los mercados a los que éstos no tienen acceso. Estos recursos son los ingresos que los ciudadanos proveen al Estado en forma de impuestos nacionales –así el régimen fiscal proporciona oferta de dinero al sector bancario mediante garantías del financiamiento nacional–. Las demandas de mercado de los bancos a través

de intereses y las expectativas de rendimientos ya no están cubiertas por los bancos y los certificados de deuda han perdido la garantía de su valor. Los excedentes reales de los deudores derivados de la “economía real” no son suficientes para cubrir las demandas del sector bancario.

El Estado tendrá que desempeñar el rol de banquero general ideal porque, en la sociedad monetaria capitalista, el sistema financiero es como si fuera un bien público y porque el colapso del sistema financiero tendría mayores repercusiones que sólo el desplome de algunos bancos con problemas: muchos puestos de trabajo se perderían, los pequeños inversionistas perderían algunas de sus inversiones y si intentan evitarlo sumándose a un pánico de retiro masivo de recursos de los bancos podría amenazarse la estabilidad social. Por consiguiente, debe encontrarse una solución a la crisis financiera. No existe duda de eso. Pero que esta solución se deba lograr en la forma propuesta por los gobiernos requiere debate público. Existen básicamente tres estrategias que están siendo empleadas por el Estado.

La primera estrategia la constituye la recapitalización de los bancos en problemas. El Estado suministra a los bancos capital fresco para cubrir los riesgos de los activos tóxicos. En este caso, el Estado tendría que asumir la dirección de estos bancos y en la medida en que suministra fondos debe tener voz en el funcionamiento de la empresa convirtiéndose en co-propietario. Frente a esto, Steinbrück, quien había afirmado previamente que Marx pudiera haber tenido razón, adopta una postura contraria: los banqueros, según él, pueden manejar los bancos mucho mejor que los políticos. *Quod erat demonstrandum* –“lo que se quería demostrar”–. Este argumento no es ni consistente ni transparente. Si el dinero de los impuestos se va a invertir en los bancos y el Estado se convierte en el banquero general ideal, entonces, el negocio bancario debe ser responsabilidad del Estado. El principio de la transparencia exige a los propietarios participar en la dirección del negocio. Esta es la conclusión ineludible. De ahí que, Joseph Stiglitz afirme explícitamente: si el Estado provee financiamiento a los bancos y, en consecuencia, los posee sin ejercer el control, es un paso hacia el ‘desastre’.

La segunda estrategia consiste en que es el Estado el que ofrece garantías de deuda. Sucedió en EU, con su garantía de deuda de 700 mmd, y también en el gobierno alemán, que aprobó una garantía de deuda de 480 mil millones de euros para los bancos. En otros países la estrategia es similar. Así, los bancos quedan dotados de garantías que les permiten realizar negociar entre ellos y proporcionar préstamos a los clientes para levantar el mercado crediticio. El viejo adagio según el cual el garante es el único que sofoca sus necesidades debe tenerse en cuenta. Sólo podemos tener esperanza de que esto no entre en vigor,

ya que, sería el dinero de los contribuyentes el que sería convertido en deuda. El Banco Central Europeo, en su reporte de noviembre de 2008, muestra que 21% del PIB está siendo utilizado para las garantías. Si estas son deuda, los ciudadanos europeos serán 21% más pobres en términos de PIB –para nada representa un pequeño sacrificio para salvar a los bancos y los banqueros–.

La tercera estrategia del banquero general ideal es la creación de un llamado “*Bad Bank*” (un “Banco Malo”), un banco que administra los activos tóxicos para dar cabida a que otros bancos con activos buenos se conviertan en “Bancos Buenos” otra vez. Todo depende de cuánto tiempo se tenga la intención de que este banco dure y de cuál valor de mercado es adoptado para los activos malos. Esta actitud, refiriéndose a los comerciantes financieros de Francia en el siglo XIX, fue motivo de desprecio por Emile Zola en su novela *El Dinero*. Quienes compraban activos malos tenían que ser particularmente astutos o inescrupulosos, de otro modo inevitablemente saldrían perdiendo. Por alguna buena razón fueron llamados “pies mojados”.¹

Para la economía real, no será posible eludir los títulos de crédito que hayan expirado. El Estado como banquero general ideal sería exitoso si lograra llevar a cabo en forma ordenada, sin perjudicar los rendimientos de la economía real. En especial, los individuos astutos piensan que serán capaces de resolver el problema mediante la promoción del crecimiento económico a fin de estimular los rendimientos de la economía real. El banquero general ideal debe

metamorfosearse en un capitalista general ideal sobre la base de un keynesianismo nuevo y verde. Pero es aquí donde la doble naturaleza de los procesos económicos descubierta por Marx entra en juego. Ya que nos encontramos no sólo en medio de una crisis financiera, sino también en medio de una crisis energética, una crisis climática y una crisis alimentaria. Las crisis relacionadas con los recursos materiales y energéticos de las sociedades capitalistas no pueden ser superadas por un incremento del crecimiento real, por el contrario, ese crecimiento muy probablemente las acentuará.

Por consiguiente, tendremos que encontrar un “enfoque holístico”, que nos permita reducir las exigencias financieras, poniéndolas en línea con la capacidad de la economía real para producir plusvalor y ganancias sobre el capital, mientras a la vez se tienen en cuenta las restricciones ecológicas y sociales. Todo esto no puede suceder de noche, incluyendo la amortización de los activos financieros –más aún en una gran crisis–. Una crisis colosal no es recomendable ni social, política, económica o ecológicamente. La solución no puede apuntar únicamente al sector financiero, debe incluir una reestructuración y redimensionamiento de la economía real sobre premisas sociales y ecológicas. Se necesita un discurso social que discuta estos problemas; particularmente, aunque tome tiempo. Soluciones inmediatas y a corto plazo son, sin duda, necesarias, pero también se requiere vigor suficiente para pensar más allá del capitalismo tal como lo conocemos hoy día para desarrollar y poner a prueba alternativas.



¹[La política de “pies mojados, pies secos” constituye una expresión coloquial del manejo demagógico de indocumentados cubanos que EU aplicó con base en la “Ley de Ajuste Cubano” de 1966. De acuerdo con ella, los ciudadanos indocumentados provenientes de Cuba que llegarán a pisar suelo estadounidense automáticamente tendrían derecho a un permiso especial de residencia que, en menos de un año, podría convertirse en permiso de residencia definitiva. En cambio, todos los migrantes sorprendidos en el mar territorial de EU serían repatriados o enviados a un tercer país. Nota de Luis Arizmendi].